843
Z.
PQ2499
C38

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

La traducción es propiedad
del editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL CAPITAN BURLE

I

Eran las nueve de la noche. La pequeña ciudad de Vauchamp acababa de entregarse al sueño, muda y negra, bajo una helada lluvia de noviembre. En la calle de los Recoletos, una de las más estrechas y desiertas del barrio de San Juan, quedaba una ventana iluminada en el tercer piso de una antigua casa cuyos canalones rotos lanzaban torrentes de agua. Era que la señora de Burle velaba ante un escaso fuego de troncos de vid, mientras su nieto Carlos estudiaba á la claridad de una lámpara.

El piso, alquilado por ciento sesenta francos anuales, se componía de cuatro enormes piezas que no se llegaba á calentar en invierno. La señora de Bur-

le dormía en la más vasta; su hijo el capitán cajero se había quedado la que daba á la calle, junto al comedor, y Carlitos con su cama de hierro, estaba perdido en el fondo de un inmenso salon de enmohecidas paredes.

Junto á la chimenea, la señora de Burle estaba recostada en el fondo de un sillón de terciopelo amarillo, contemplando humear la última cepa, con esas miradas fijas y vacías de expresión propias de los ancianos que reviven en sí mismos. Así permanecía horas enteras; era alta, de largo y grave rostro cuyos delgados labios no sonreían nunca. Viuda de un coronel, muerto en vísperas de ascender á general, y madre de un capitán á quien había acompañado hasta en sus campañas, guardaba una tiesura militar y se había formado unas ideas del deber, el honor y el patriotismo que la hacían permanecer rígida, como disecada bajo la rudeza de la disciplina. Raras veces se le escapaba una queja. Cuando su hijo se quedó viudo, cinco años después de su matrimonio, había tenido naturalmente que cuidar de la educación de Carlos y lo hacía con la severidad de un sargento encargado de instruir reclutas. Vigilaba al niño sin tolerarle un capricho ni una irregularidad, obligándole á velar hasta media noche y velando ella misma, si no había cumplido todos sus deberes. Carlos, de complexión delicada, crecía muy

pálido, bajo aquella regla implacable, con la faz iluminada por hermosos ojos, muy grandes y muy claros.

En sus prolongados silencios, la señora de Burle no daba vueltas más que á una misma idea: su hijo había defraudado sus esperanzas. Esto bastaba para ocuparla, para que rehiciese su vida, desde el nacimiento del pequeño, á quien veía llegar á los más altos grados en medio del estrépito de la gloria, hasta aquella estrecha existencia de guarnición, aquellos días tristes y siempre parecidos, aquella caida en el cargo de capitán cajero, del que no saldría y en el que iba apoltronándose. Sin embargo, sus comienzos le habían llenado de orgullo, haciéndole creer que se realizaría su sueño, pues Burle, apenas salió de la escuela de Saint-Cyr distinguióse en la batalla de Solferino, tomando con un puñado de hombres toda una batería enemiga, por cuyo hecho se le condecoró, los periódicos hablaron de su heroísmo y adquirió renombre de uno de los oficiales más bravos del ejército. Y lentamente el héroe engordó, se anegó en su carne y consagróse á una existencia feliz, inerte y cobarde. En 1870 no era más que capitán; hecho prisionero en el primer encuentro, volvió furioso de Alemania, jurando que no le harían batirse más, pues le parecía esto una barbaridad, y como no podía dejar el ejército, pues era

incapaz de otra ocupación, consiguió hacerse nombrar capitán cajero, un nicho, como decía él, donde al menos le dejarían reventar tranquilo. Aquel día la señora de Burle sintió una gran amargura, al comprender que todo había concluido y desde entonces conservó su tiesa actitud, con los dientes apretados.

Penetró el viento por la calle de los Recoletos y un ramalazo de lluvia dió furiosamente contra los cristales. La anciana separó los ojos de los sarmientos que se apagaban para cerciorarse de que Carlos no se dormía sobre su traducción latina. Aquel niño de doce años era la última esperanza á que se agarraba su sed de gloria. Al principio le había profesado el mismo aborrecimiento que á su madre, una obrerilla encajera, linda, delicada con quien el capitán, loco de deseo y no pudiendo conseguirla, había cometido la locura de casarse. Luego, muerta la madre y consagrado el padre á sus vicios, la señora de Burle volvió á soñar ante aquel pobre y macilento ser, al que educaba trabajosamente. La anciana quería que fuese fuerte, que fuese el héroe que su padre no había querido ser; y pese á su severa frialdad, le observaba ansiosamente crecer palpándole los miembros y tratando de imbuirle valor en el cerebro. Poco á poco, ofuscada por la pasión, llegó á creer que al fin tenía un hombre en su familia. El

niño, de naturaleza tierna y soñadora, profesaba físico horror al oficio de las armas; pero como su abuela le daba un miedo horrible y él era muy dulce y muy obediente, repetía cuanto ella le decía, resignándose á ser militar, cuando llegara el tiempo.

La señora de Burle observó que la traducción no adelantaba. Carlos, aturdido por el ruido de la tempestad, dormía con los ojos abiertos sobre el papel y la pluma en la mano. Entonces la anciana pegó con sus secos dedos sobre la mesa y el niño dió un salto, abrió el Diccionario y se puso á hojearlo febrilmente, mientras su abuela, siempre silenciosa, acercó los sarmientos y trató de reanimar el fuego sin poder lograrlo.

En el tiempo en que creyó en su hijo, habíase despojado por él de todo, y él le había comido sus pequeñas rentas, á impulso de pasiones que la anciana no quería profundizar. Aun en aquellos momentos, el capitán saqueaba la casa, todo iba á parar á la calle; se vivía en la miseria, las habitaciones estaban desmanteladas, la cocina fría; pero la viuda no hablaba jamás á su hijo de tales cosas: se lo impedía su respeto á la disciplina, pues él era el amo. Lo único que de vez en cuando le hacía estremecerse, era la idea de que Burle podía cometer algún disparate que impidiese á Carlos entrar en el ejército.

La anciana se levantó para ir á la cocina en busca de un sarmiento, cuando una terrible borrasca que descargó sobre la casa, sacudió las puertas, arrancó una persiana, desvió la direccion del agua de las rotas canales cuyo torrente inundó los balcones; y en medio de aquel estrépito, oyóse el ruido de la campanilla. ¿Quién podía ser á tal hora y con tal tiempo? Burle no volvía nunca antes de media noche... cuando volvía. La anciana abrió y presentóse un militar, chorreando y lanzando ternos.

—¡Voto á Sanes!... ¡Qué tiempo tan perro!

Era el mayor Laguitte, un valiente que había servido á las órdenes del coronel Burle, en los buenos tiempos de la viuda. Procedente de la clase de tropa, había llegado por su bravura, mucho más que por su inteligencia, al grado de comandante, cuando el encogimiento de una pierna, por consecuencia de una herida, le había obligado á aceptar el cargo de mayor. Cojeaba ligeramente, pero no había que decírselo, pues se negaba á confesarlo.

—¿Es usted, mayor?—dijo la anciana, cada vez más sorprendida.

—¡Sí! ¡Por vida de Dios!—gruñó Laguitte, sacudiéndose el agua.

Luego miró en torno suyo y añadió:

—Necesito absolutamente ver á Burle... ¿Se ha acostado ya ese holgazán?

—No, todavía no ha vuelto,—repuso la anciana con su duro acento habitual.

—¡Cómo! ¡No ha vuelto! ¡Pues entonces se han burlado de mí en su café!... ¿sabe usted?... el de Melania... Hay allí una criada que me ha dicho que el capitán se había ido ya á acostar... ¡Por algo sentí tentaciones de tirarle de las orejas!

—¿Es al mismo capitán á quién necesita usted hablar?

—¡Sí!

—¿Y no puedo yo participarle lo que usted me diga?

—¡No!

La anciana no insistió; pero permaneció en pie mirando fijamente al mayor que parecía no resolverse á partir y que, dejándose llevar de nnevo por la cólera, exclamó:

—¡Peor para él! ¡Voto al diablo! Ya que he venido, se lo dire á usted todo. Acaso sea mejor.

Y se sentó ante la chimenea, mientras la viuda iba á recobrar su butaca, cuando observó que Carlos había vuelto á quedarse dormido. Dirigióse entonces á despertarle; pero el mayor la detuvo diciendo:

—No, no, deje usted al pobre qué duerma. No es muy divertido lo que he de decir y vale más que no lo oiga.

La anciana volvió á sentarse y hubo un momen-

to de silencio mientras los dos se contemplaban.

—Pues bien, ello es preciso... —dijo al fin el mayor, apoyando sus palabras con un furioso movimiento de la barba.—¡Ese puerco de Burle lá ha hecho buena!

La viuda no se estremeció, limitándose á palidecer y conservando su tiesura. Laguitte prosiguió:

—Yo lo sospechaba y había pensado hablar á usted del asunto. Burle gastaba mucho y tenía un aire estupido que no me agradada; pero no lo podía creer... ¡Ah! ¡Voto al demonio! ¡Es preciso ser muy bestia para hacer porquerías semejantes!

La anciana presentó con claridad la cuestión, preguntando:

—¿Ha robado algo?

—¡Nunca se lo podrá usted imaginar!... Yo no examinaba nada; le aprobaba las cuentas, ponía firmas... Y estaba tranquilo. Sin embargo, desde hace un mes, como él tiene esa cabeza y me contaba cosas no muy limpias, empecé á fijarme; pero me pareció que todo estaba en orden, que todo se llevaba bien...

Detúvose ahogado por una oleada de furor y gritó:

—¡Por vida de...! ¡Voto á...! ¡No es su bribonada lo que me indigna sino el modo repugnante con que se ha portado conmigo!... ¡Se me ha... rifado! ¿entiende usted?... ¡Me ha debido tomar por un animal!...

—¿De modo que ha robado?—volvió á preguntar la anciana.

—Esta noche, cuando me levantaba yo de la mesa, se presentó Gagneux. Ya sabe usted quien es, el carnicero de la plaza de las Yerbas. Un cochino bribón que logró la contrata de la carne y hace comer á mis pobres soldados todas las vacas tísicas del departamento... ¡Bueno! Le recibo como á un perro y me lo descubre todo... ¡Una cosa muy limpia! Parece que Burle no le daba nunca más que partidas á cuentas, un lío espantoso, un embrollo de cifras que el diablo no lo entiende. En fin, que Burle le debe dos mil francos y el carnicero habla de ir á contárselo todo al coronel, si no se le paga. Lo peor es que ese puerco de Burle, para pegármela, me daba cada semana un recibo falso de Gagneux... ¡A mí! ¡A un antiguo amigo semejante farsa! ¡Voto y revoto á todos los diablos!

El mayor se levantó, alzó los puños al techo y volvió á dejarse caer en su asiento, mientras la viuda repetía:

—Ha robado... así debía suceder.

Luego añadió sencillamente:

—Pero el caso es que no tenemos los dos mil francos; apenas si habrá unos treinta.

—¡Lo sospechaba!—dijo Laguitte—¿Y sabe usted á donde se va todo? A casa de la Melania, una mal-

dita piel que ha vuelto tonto á Burle. ¡Oh! Las mujeres... ¡Ya le dije yo que ellas le perderían... ¡Yo no sé como es ese animal!... Solo tiene cinco años menos que yo y todavía está en celo... ¡Vaya un temperamento!

Hubo un nuevo silencio. La lluvia redoblaba y, de vez en cuando, se oía el estrépito de las chimeneas y las pizarras que el huracán derribaba.

—Veamos,—exclamó al fin el mayor poniéndose en pie. — Permaneciendo así, no se arregla nada, es preciso ver... ¡Ah! Si yo tuviese los dos mil francos...

Y se calló avergonzado. El, soltero, sin mujer, sin hijos, se bebía toda la paga y perdía al juego lo que la absenta y el cognac le dejaban; sin embargo, era un hombre honrado.

—No importa,—continuó ya en la antesala.—Voy á ver á ese bribón en casa de su doncella... Recorreré el cielo y la tierra... ¡Burle! El hijo de Burle, condenado por robo!... ¡Eso no puede ser!... ¡Sería el fin del mundo!... ¡Antes pegaría yo fuego á la población!... Y ¡rayos y truenos! no se apure usted... Todo esto es más humillante para mí...

Dió á la viuda un rudo apretón de manos y desapareció en la sombra de la escalera, mientras ella le alumbraba, levantando el quinqué. Cuando dejó este de nuevo sobre la mesa, la anciana permaneció

un instante inmóvil ante Carlos que continuaba durmiendo, con el rostro entre las hojas del Diccionario, y al contemplar aquella rubia cabeza, aquella faz dura y firme se enterneció; pero fué solo un momento, tras el cual la máscara recobró su expresión de fría é incontrastable voluntad. Pegó un golpe seco sobre la mano del niño y dijo:

—¡Carlos! ¡La traducción!

El niño se despertó asustado, tiritando, y volvió á hojear rápidamente el Diccionario. En aquel momento, el mayor Laguitte que cerró de golpe la puerta de la calle, recibió sobre la cabeza tal cantidad de agua que se escuchaban sus ternos entre el estrépito de la tempestad. Luego no se oyó más ruido que el de la lluvia y el roce de la pluma de Carlos sobre el papel. La señora de Burle había recobrado su puesto junto á la chinenea, y allí continuaba tiesa con los ojos en el fuego muerto, con su idea fija y en su actitud de todas las noches.

II

El Café de París, regentado por la viuda Melania Cartier, estaba en la plaza del Palacio, una plaza irregular, plantada de pequeños y polvorientos olmos. En Vauchamp se decía: — ¿Vamos á casa de Melania? Al extremo de la primera sala, bastante

extensa, había otra, *el Divan*, muy estrecha, guarnecida de banquetas colocadas á lo largo de las paredes, con cuatro mesas de mármol en las esquinas. Allí era donde Melania, abandonando el mostrador, donde la reemplazaba su criada Eufrosina, pasaba la velada con algunos parroquianos, los íntimos, los que eran conocidos en la población por *esos caballeros del Diván*. Estó daba fama á un hombre; no se le nombraba nunca sino entre sonrisas que revelaban á la vez consideración y una sorda envidia.

Melania había quedado viuda á los veinticinco años. Su marido, un carretero que había dejado estupefacta á la población tomando el Café de París cuando murió un tío suyo, volvió un día, con la joven, de Montpeller, á donde hacía cada semestre un viaje para comprar licores. Había elegido la mujer que necesitaba para atraer parroquianos y animarlos á hacer gasto. Nunca se supo de donde la había sacado y no se casó con ella sino seis meses después de haberla ensayado en el mostrador. Por lo demás, en Vauchamp estaban divididas las opiniones respecto á Melania: unos decían que era una mujer soberbia, otros afirmaban que parecía un gendarme. Era una mujer alta, de facciones pronunciadas y cabellos ásperos que le caían sobre las cejas; pero nadie negaba su habilidad para encaprichar á los hombres. Tenía hermosos ojos y abusaba de ellos para

mirar fijamente á los caballeros del Diván que palidecían y se volvían suaves como un guante. Luego corrió el rumor que su cuerpo tenía excelentes formas, y en el Mediodía gusta mucho esto.

Cartier murió de un modo singular. Hablóse de una riña entre los dos esposos y de un tumor formado por consecuencia de un puntapie en el vientre. Por otra parte, Melania se quedó bastante comprometida, pues el café prosperaba poco. El carretero se había gastado el dinero de su tío, bebiendo él mismo su absenta y jugando en su billar. Al principio se creyó que la viuda se vería obligada á vender el establecimiento; pero aquella vida la agradaba y, para una mujer, la instalación estaba completamente hecha. No necesitaba más que unos cuantos parroquianos: la sala grande podía quedar vacía; en consecuencia, se contentó con empapelar de blanco y oro el Diván y renovar la tapicería de las banquetas. Allí, primeramente hizo compañía á un boticario; luego fueron acudiendo un fabricante de fideos, un abogado y un juez jubilado. De este modo, el café continuó abierto, aunque el camarero apenas despachase veinte consumaciones al día. La autoridad toleraba el establecimiento porque se guardaban las conveniencias y porque, de querer profundizar, hubieran resultado comprometidas muchas personas respetables.

Por la noche, en la gran sala, cuatro ó cinco burgueses de la vecindad solían jugar una partida de dominó. Cuando Cartier murió, vieron que el Café de París tomaba un aspecto extraño; pero ellos no observaban nada y seguían sus costumbres. Como el camarero había llegado á ser inútil, Melania acabó por despedirle, y Eufrosina quedó encargada del servicio.

Una noche, los caballeros del Diván, que habían concluído por tolerarse mútuamente, recibieron una sorpresa muy desagradable al ver instalarse entre ellos al capitán Burle. Parece que por la mañana había entrado casualmente en el café á tomar absenta y encontrando sola á Melania, había estado hablando con ella. Por la noche, cuando volvió Eufrosina, le hizo pasar inmediatamente á la salita.

Dos días después, Burle reinaba allí, aunque sin haber puesto en fuga ni al farmaceutico, ni al fabricante de fideos, ni al abogado, ni al juez. El capitán, bajito y grueso, adoraba á las mujeres altas. En el regimiento le habían puesto el apodo de *Faldero* por su hambre continuo de mujer, por sus constantes apetitos que satisfacía donde y como fuese, con tanta mayor violencia cuanto más grande era el pedazo que podía morder. De aquí que Melanía le dominó por completo, con irresistible poder y que, al cabo de quince días, cayese en la imbecilidad del

amante gordo que se vacía sin enflaquecer. Sus ojillos, anegados en su abotagado rostro, seguían por todas partes á la viuda, con mirada de perro castigado, y entregábase á verdaderos éxtasis ante aquella amplia faz hombruna, coronada por cabellos rudos como cerdas. Por miedo á que Melanía le cortase los víveres, como él decía, toleraba á los demás caballeros del Divan y se dejaba allí hasta el último céntimo de la paga. Un sargento definió la situación diciendo: —El Faldero ha encontrado su agujero y se quedará en él. ¡Era hombre perdido!

Serían cerca de las diez cuando el mayor Laguitte volvió á abrir con furia la puerta del Café de París, Mojado hasta los huesos, dejando tras sí un reguero de agua, se encaminó en derechura al mostrador, donde estaba Eufrosina leyendo una novela y exclamó:

—¡Estúpida!... ¿Eres tú la que te burlas de los militares?... Merecerias...

Levantó la mano y aparentó darle un golpe capaz de derribar un buey. La criadita retrocedió asustada, mientras los burgueses, con la boca abierta, volvian la cabeza sin comprender lo que pasaba. El mayor, sin perder tiempo empujó la puerta del Divan y cayó entre Burle y Melania, en el momento en que ambos se hallaban en amoroso coloquio y cuando ella, que necesitaba trescientos francos para el día

siguiente, halagaba al capitán dándole á cucharaditas un grog y diciéndole:

—¡Toma! Rico de tu mamá... ¿Quien te quiere á ti? ¡Dame el piquito!

El capitán, con el rostro echando fuego y los ojos adormilados, chupaba la cuchara con profundo placer.

—¡Por vida del demonio!—exclamó el mayor.—¿Te haces guardar ahora por las mujeres?... Me dijeron que no habías venido, me pusieron en la puerta, y tú estabas ahí, chupa que chupa.

Burle, rechazando el grog, se extremeció. Melania, demostrando irritacion, levantose, como para cubrirle con su cuerpo; pero Laguitte la miró cara á cara, con ese aire tranquilo y resuelto que conocen perfectamente las mujeres amenazadas de recibir un bofetón.

—Déjenos usted solos,—dijo sencillamente,

Cuando se vió obedecido Laguitte se puso en frente del capitán, se cruzó de brazos, encorvose y á plena voz exclamó:

—¡Puerco!

Burle se dispuso á incomodarse; pero el mayor no le dió tiempo y continuó:

—¡Calla! Te has burlado súciamente de un amigo... Me hashecho tragar recibos falsos que podian llevarnos á los dos á presidio. ¿Es eso limpio?

¿Se permite nadie esas bromas con un amigo de treinta años?

Burle se dejó caer de nuevo en su asiento, poniéndose lívido. El mayor continuó dando vueltas entorno de él y pegando puñetazos en las mesas,

—¡Has robado como un curial!... y todo por ese camello... ¡Aun si lo hubieras hecho por tu madre, tendrías disculpa, Pero ¡rayos y truenos! lo que más rabia me da es que en tu casa se pasan hambres y traes aquí todo tu dinero... y el que no es tuyo... ¿Dime? ¿Que tienes en la cabeza para amelonarte así con ese sargento de caballeria?... No mientas, hace poco que os he visto á los dos haciendo porquerías.

—Tú, en cambio, juegas...—murmuró el capitán,

—¡Si! Yo juego ¡rayos y centellas!—repuso el mayor, á quien la observacion aumentó la cólera, —yo soy un condenado puerco de jugador, porque las cartas me llevan toda mi paga, y esto no es honroso para el ejercito; pero ¡voto al demonio!... Revienta, si quieres, deja morir de hambre á tu vieja y al muchacho ¡pero respeta la caja y no comprometas á los amigos!

Calló de nuevo. Burle continuaba con la vista fija y el aire entontecido. Durante un momento no se oyó más ruido que el de las botas del mayor.

—¡Y ni un céntimo!—continuó éste violentamente.—¿No te ves ya entre gendarmes? ¡Ah! ¡Puerco!

De pronto se calmó y cogiendo por la muñeca al capitán, le puso en pie diciendo:

—Vamos, ven; es preciso intentar en seguida cualquier cosa, pues no quiero irme á acostar con semejante peso... Tengo una idea.

En el salón grande Melanía y Eufrosina hablaban con viveza á media voz. Cuando salieron los dos hombres, Melania se atrevió á acercarse para decir á Burle con voz aflautada:

—¡Cómo! Capitán ¿se va usted ya?

—Sí, se marcha,—repuso brutalmente Laguitte;—y supongo que no volverá á meterse más en tan sucio agujero.

La criadita asustada, tiró á su ama de la ropa y tuvo la desgracia de murmurar la palabra *borracho*. Entonces el mayor dejó escapar el bofetón que guardaba en la mano desde hacía un rato. Las dos mujeres se bajaron y no alcanzó más que al moño de Eufrosina, á aquien aplastó la cofia y rompió la peineta, excitando la indignación de los burgueses.

—¡Voto al diablo!—dijo Laguitte empujando al capitán. —Vamos pronto, porque sino voy á concluir con todos los de ahí dentro.

—¿Sabes?—continuó metiéndose en un charco hasta la rodilla y después de lanzar un rosario de ternos.—Vamos á casa de Gagneux... Yo subiré y tú me esperarás á la puerta... Quiero saber lo que ese bandido tiene en el cuerpo y si se atreviera mañana á presentarse al coronel, como me ha amenazado que lo haría... ¡Voto á mil bombas...! ¡Comprometerme con un carnicero! ¡Ah ¡No se dirá que eres orgulloso... y eso es lo que no te perdonaré jamás.

La entrevista duró una hora, que pasó para el capitán sin que se diera cuenta de ello. Laguitte salió de casa del carnicero con aire sombrio y Burle no se atrevió á interrogarle. Echaron á andar por las calles oscuras, donde el agua corría como en el lecho de un torrente. El mayor, encerrado en su silencio, ni siquiera juraba; sin embargo, al volver á pasar ante el café de París, dió un golpe en el hombro á Burle, diciendo,

—¡Si vuelves á entrar en ese agujero...!

—¡No hay miedo!—repuso el capitán sin dejarle concluir,

Y le tendio la mano, pero el mayor repuso.

—Yo, no, te acompaño hasta tu casa... Así, al menos estaré seguro de que no volverás esta noche.

Al llegar á la calle de los Recoletos y ya con la llave en la mano, el capitán se decidió á preguntar.

—¿Qué hay?

—¿Qué hay?—respondio el mayor.—¡Hay que soy tan puerco como tú! ¡Que acabo de hacer una porquería... ¡Voto á mil legiones de demonios! ¡Elévete el diablo, pues por tu culpa, nuestros soldados se-

guirán comiendo carne podrida tres meses más.

Y le explicó que Gagneux, el repugnante Gagneux le habia obligado á aceptar un trato: el carnicero no iría á ver al coronel y perderia los dos mil francos, reemplazando los recibos falsos por otros firmados por él, pero el mayor se comprometia á que en la proxima subasta se le adjudicase el suministro de la carne.

—¿Eh?—dijo Laguitte,—¿Debe hacer negocio ese animal cuando así nos regala dos mil francos?

Burle, ahogado por la emocion, estrechó las manos de su antiguo amigo y no pudo sino murmurar confusas frases de agradecimiento.

—¡Pase por la primera vez!—gruñó el mayor.—Era preciso... ¡Voto al demonio...! ¡No haber tenido siquiera dos mil francos en el cajón...! ¡Es para hacerle á uno aborrecer los cuartos ..! ¡Peor para mí... Soy un don Nadie... Pero, oye, no vuelvas á empezar, porque no estoy dispuesto á hacer más porquerías.

El capitán le abrazó y se metió en su casa. El mayor permaneció un instante quieto á la puerta, para cerciorarse de que Burle se acostaba, luego; como eran las doce y continuaba lloviendo, volvió trabajosamente á su casa. La idea de sus soldados le apenaba. Detúvose y dijo en voz alta, con voz llena de tierna piedad:

—¡Los pobres muchachos van á comer vaca tísica por valor de dos mil francos!

III

En el regimiento causó verdadera estupefacción la noticia de que el Faldero había roto con Melanía. Al cabo de ocho días el hecho resultó indudable; el capitán no había vuelto á poner los pies en el cafe de París y se decía que su puesto, caliente aún, había sido ocupado por el boticario, con gran pesar del juez jubilado. Y cosa todavía más increible ¡Burle vivía encerrado en su casa! Decididamente se reformaba, hasta el punto de pasar las veladas junto á la chimenea, repasando las lecciones á Carlitos. Su madre, que de nada se había dado por entendida, conservaba respecto á él la misma severa tiesura; pero sus miradas decían que le juzgaba curado.

Quince días después, el mayor fué una tarde á convidarse á comer en casa de su amigo, no sin haber vacilado antes, temeroso de excitar á éste tristes recuerdos; pero, supuesto que se corregía, no quiso dejar de darle un apretón de manos y tomar un bocado con él, lo cual de seguro le agradaría.

Cuando Laguitte se presentó, recibiole la anciana, pues Burle estaba en su cuarto. Después de haber dicho que se quedaba á comer, añadió: